

DISCRETA, discretísima, pero eficaz, estable, duradera y extremadamente fértil ha sido la labor de Carmela Arias Díaz de Rábago, como presidenta de la Fundación Pedro Barrié de la Maza durante los últimos treinta años. Características todas ellas que figuran entre las funciones «canónicas», por así decirlo, de la institución fundacional, su rasgo más genuino. Algo muy diferente al relumbrón y a los fuegos de artificio que, con excesiva frecuencia, se visten de altruismo o de filantropía. Son cosas muy distintas, algo así como comparar la organización de un concierto de Madonna (un ejemplo imposible, aunque quizás no lo sea tanto) con la construcción de las Escuelas Superiores y Técnicas de Arquitectura de La Coruña, o las de Ingenieros Industriales de Vigo para donarlas a las universidades gallegas, y esto sí es un ejemplo (entre otros muchos) tangible, real, que confirma, una vez más, la seriedad, la coherencia, el compromiso y la visión de futuro de esta importante Fundación gallega.

Discreción, eficacia, austeridad son las características, creo, que mejor definen a Carmela Arias y a la Fundación Pedro Barrié que se constituye en la que podríamos describir como la década prodigiosa de las fundaciones en España: 1965/75. Más tarde, con la democracia, la aprobación del artículo 34 de la Constitución en el que se establece el derecho de fundación, y con el desarrollo de una normativa sustantiva y fiscal más generosa para las fundaciones, se produciría una indudable explosión fundacional en España. Pero fue en aquella década cuando comenzaba, en cierto modo, la etapa moderna del movimiento fundacional español. Es entonces cuando el panorama de las fundaciones españolas se enriquece y se actualiza sensiblemente con la aparición de un grupo reducido de fundaciones constituidas sobre la base de importantes recursos financieros. Una de estas fundaciones es la creada, en 1966, por Pedro Barrié de la Maza, un empresario nato, con una vida dedicada intensamente al trabajo y a la creación de riqueza, que

DOÑA CARMELA ARIAS, LA FILANTROPÍA DISCRETA

ANTONIO SÁENZ DE MIERA

Presidente de Honor del Centro de Fundaciones

dota a la Fundación con un importante patrimonio y la declara heredera universal a su muerte.

El nacimiento de la Fundación Pedro Barrié de la Maza, pionera en muchos sentidos, representaba, como apuntaba antes, un cambio significativo en el mundo fundacional español: se unían, en feliz mezcla, la tradición con la modernidad de las nuevas formas y proyectos de la filantropía que había dado impulso a las grandes fundaciones norteamericanas. Reflejaba también una nueva sensibilidad social y empresarial, y, por lo que se refiere a Pedro Barrié, se podría decir que era el final de todo un proceso vital en el que a su brillante experiencia empresarial se sumaba el conocimiento de los problemas de su tierra natal, sus déficits básicos, que le impresionaron hasta tal punto que ya nunca dejaría de pensar y de actuar en favor del desarrollo global de Galicia.

En 1971, tan sólo cinco años después de la creación de la Fundación, moría su fundador y Carmela Arias pasaba a ser su presidenta y cofundadora, ya que en 1981 dona toda su fortuna a la Fundación. El altruista y ejemplar gesto de Pedro Barrié se duplicaba y se proyectaba hacia el futuro con el de su viuda, que se dedica en cuerpo y alma a la Fundación, que apuesta por Galicia y por todo aquello que suponga una aportación a su progreso; se define por su total objetividad en la concesión de ayudas y por abstenerse de cualquier consideración de orden político o personal; y se distingue por la calidad y rigor de sus programas y proyectos, por una labor callada, que da prioridad al largo plazo. Con generosidad, discreción e inteligencia, en to-

dos estos años Doña Carmela ha sabido interpretar como nadie el valor de la filantropía en nuestro tiempo. Gracias a su gesto y, sobre todo, a su ejecutoria, la Fundación Pedro Barrié es hoy una institución social y cultural de referencia en Galicia y en España.

Por mi experiencia en el mundo de las Fundaciones, he podido seguir la trayectoria de Carmela Arias y de la Fundación Pedro Barrié durante estos años y sé de lo que hablo cuando digo estas cosas. Podría dar muchos ejemplos pero me referiré a dos momentos concretos que me permitieron conocer muy de cerca el estilo y el carácter de esa Fundación. Uno de ellos fue la creación del Centro Español de Fundaciones, en la que, a través de su Vicepresidente Joaquín Arias, eminente jurista, persona seria, responsable y, como buen gallego, extremadamente cauta, la Fundación Barrié desempeñó un papel determinante; ha sido y es Joaquín un pilar básico de la misma y lo fue también del Centro de Fundaciones, al que dedicó generosamente su tiempo y su inteligencia.

Otra circunstancia que viví intensamente con Carmela y con Joaquín fue la organización, en el año 89, de la Jornada sobre «Las Fundaciones Europeas en el horizonte del 92» que tuvo lugar en Santiago de Compostela. Fue una reunión memorable en el plano personal pero, sobre todo, por su significado para el mundo fundacional español. La Presidenta siguió paso a paso, minuto a minuto, la preparación y el desarrollo de aquella importantísima Jornada que tanto impacto hubo de tener en la preparación de la legislación fundacional pos-

terior, pero siempre en segundo plano, haciendo gala de una admirable discreción y de un tacto exquisito. No quiso pronunciar ningún discurso, aun cuando siguió puntualmente el programa del encuentro, escuchó conmovida el elogioso mensaje de Jacques Delors y acompañó a su Majestad la Reina y a Semprún en el brillante acto de clausura. Allí pude comprobar el genuino carácter de Doña Carmela en estado puro, su inteligencia, su generosidad y su compromiso que iban más allá de la institución que en aquel momento presidía y representaba.

Ahora, allí mismo, en Santiago de Compostela, la Asociación Española de Fundaciones le va a ofrecer un homenaje y le va a conceder su más alta recompensa. Todo absolutamente merecido. Carmela Arias representa algo de lo más serio y más esencial del movimiento filantrópico español de los últimos años. En ella se cumple, además, de forma paradigmática, creo yo, esa teoría sobre «los tres yoes» de los gallegos de la que nos habló Domingo García Sabell en una reunión de Fundaciones en San Sebastián. Decía que los gallegos tenían en primer lugar el «yo de la aceptación», que les llevaba a aceptar inmediatamente al otro; en segundo lugar, el «yo de la afirmación», que les llevaba a afirmarse como gallegos y, en tercer lugar, «El yo de la colaboración», que les lleva a entregarse a los demás.

Aceptación, afirmación y colaboración, son actitudes y atributos que describen y definen la personalidad y la trayectoria de la condesa de Fenosa. Generosidad, desprendimiento e inteligencia, virtudes tan necesarias en el sector filantrópico, ocupado a veces en exceso por iniciativas poco consistentes y de corto alcance. Su ejemplar gesto y la sólida y extensa ejecutoria de la Fundación que preside demuestran el valor de filantropía discreta, la transcendencia de su labor cultural y social para la sociedad española. Discretamente, sin afectación alguna, el homenaje, sí, nos lo hace cada día Doña Carmela, pero hagámosle hoy el nuestro, el que ella se merece, con afecto y admiración.

EN buena hora vengan de la mano del verano las todavía y siempre coloristas, castizas y del todo atractivas verbenas, aquéllas a las que Agustín de Foxá bautizó un lejano día como «la aventura de los hombres sin riesgo, el viaje de Salgari o de Julio Verne de los burgueses tranquilos, que vegetaban entre los tranvías y la oficina».

Contar y no acabar, literatura barata o metáforas de pro por medio, las múltiples historietas verbeneras, las cuales —pena, penita pena— aquí no caben. Haberlas, haylas.

—A mí, amigos, las que de verdad me conmueven y atraen son las verbenas de antes, con sus «pay-pays», sus churros con chocolate, su tío-vivo pintado de cororines y hasta su mujer barbuda.

—Lo peor de los tiempos que corren, oigan, es la desaparición de Julián, el de «La Verbena de la Paloma», del brazo de La Casta y la Susana, ca-

jista de imprenta por más señas. Claro que, por otra parte, no todos llegamos a disponer, aunque solamente soñando sea, de un texto firmado por Ricardo de la Vega y una partitura por Tomás Bretón.

Impagable labor verbenera en su momento la de Celia Gámez, de todo tema español enamorada, tercamente, corazonalmente:

—¿Decías, Celia?

—Sí: gracias, España, siempre gracias.

Sébase que sin Celia otros bubiesen sido los resultados de la comedia musical en España, vencedora de toda la es-

cala de valores escénicos, exitosos todos. ¿Quiénes que, espectadores de su inolvidable «Las Leandras», de Muñoz Román y el maestro Alonso, no recuerdan precisamente las apetencias de la Gámez por no faltar a la llamada verbena de San Antonio?

Anda a las claras que necio sería esbozar, aunque a la ligera fuese, la biografía de alguien que desde el sentimental adiós a sus Buenos Aires, su tierra natal, por España cambiada por los manes del arte vino a compartir penas y alegrías, reinona siempre. Su terca, impagable pancarta amorosa hasta su muerte: «Gracias, España,

gracias». Con ella, la inevitable petición verbenera, tantas veces repetida, a toda orquesta:

Llévame a la verbena de San Antonio, que por ser la primera no quiero faltar...

—O así, oiga.

—Ya.

Uno de sus últimos éxitos, «S.E. la Embajadora», musicada por Francis López, guarda amorosamente la también amorosa duda:

Me voy o no me voy: os dejo lo que soy...

Finalmente, tema de las verbenas por medio, vuelve el luto a retomar sus tristes derechos, comunicándonos la muerte reciente de la un día Raquel Rodrigo, cuyos conocimientos cinematográficos la llevaron, de la mano de Benito Perojo, a interpretar el papel de Susana en la versión cinematográfica de «La verbena de la Paloma».

VERBENAS

ASENSIO SÁEZ

Escritor